



JEAN-FRANÇOIS NAHMIA

TITVS FLAMINIUS

LA FUENTE
DE LAS VESTALES



Titus Flaminius, un joven patricio abogado, ve cómo su mundo se derrumba tras el asesinato de su madre. Como la Justicia romana no está obligada a investigar los delitos, decide buscar al culpable por su cuenta. A partir de entonces, se convertirá en investigador al servicio de los más desfavorecidos.

En La fuente de las vestales Titus Flaminius jura encontrar al asesino de su madre. Para ello seguirá la pista de una perla robada a la amante de Julio César. Los indicios le llevarán hasta la bella Licinia, una de las vestales que guardan el fuego sagrado.

Esta colección presenta una Roma viva y apasionante en la que historia y ficción se funden en una ventura trepidante y rigurosamente documentada.



Prólogo

LOS ROMANOS Y NOSOTROS

Imaginar Roma al final de la República, hacia la mitad del siglo I antes de Cristo, es ir en busca de un mundo muerto y, al mismo tiempo, de tremenda actualidad.

Son las mentalidades de entonces, sobre todo, lo que nos queda más lejos, esa compleja religión de innumerables dioses en los que nadie cree realmente y cuya práctica está más cerca de la superstición, esa increíble profusión de festividades en las que se desarrollan espectáculos desconcertantes y salvajes, los más populares de los cuales son los combates de gladiadores y las ejecuciones de los condenados arrojados a las fieras.

Pero es también un mundo sorprendentemente próximo, ante todo su capital, Roma. La ciudad tiene un millón de habitantes —la mitad de ellos libertos y esclavos— y un grado de urbanización que no volveremos a encontrar hasta finales del siglo XIX. Como las ciudades de nuestros días, Roma dispone de alcantarillado y agua corriente, al menos para los privilegiados, que residen en las ricas mansiones de los montes Palatino y Celio. Las clases populares, por su parte, viven en chozas o en casas que alcanzan a veces los siete pisos, en los barrios miserables de Suburra^[1] y Esquilino. Como ocurre ahora, el romano se queja de los embotellamientos, el ruido, la contaminación, la delincuencia, la inseguridad y, también como hoy, todos los que se lo pueden permitir tienen una segunda residencia en el campo o

en lujosos lugares de vacaciones, como Pompeya, a la que van a descansar con frecuencia.

Roma, cuyos incontables templos son su mayor orgullo, es también una ciudad para el placer. Aunque todavía no existen ni el Coliseo ni las termas imperiales, cuenta con el mayor recinto deportivo de todos los tiempos, el Circo Máximo, capaz de acoger a 250 000 personas y en el que tienen lugar las carreras de carros. Los teatros son, en este momento, construcciones móviles de madera, que duran el tiempo justo para celebrar unas cuantas representaciones, aunque su capacidad da que pensar: varios miles, por no decir varias decenas de miles, de espectadores.

Sí, Roma es única, irremplazable. Por eso, cuando sus contemporáneos hablan de ella, es frecuente que no se tomen la molestia de pronunciar su nombre. Se limitan a decir «la Ciudad». Y un dato más: Roma, donde convergen todos los caminos, es el término que designa tanto el país como la capital, como si España se llamase Madrid. Queda ya muy lejos lo que en tiempos fue el pueblo de Rómulo. Roma engloba casi todo el arco mediterráneo: Italia, España, la Galia transalpina —el sur de la Francia actual—, Grecia, la parte occidental de la actual Turquía, Siria y buena parte de las costas africanas. Sólo le faltan la Galia, Inglaterra —que en ese momento se denomina Bretaña— y Egipto, aunque un tal Julio César, que aún no es otra cosa que un político más, no tardará en mostrar de lo que es capaz.

Roma también nos resulta muy próxima por sus instituciones. No tardará en convertirse en un imperio, aunque ahora es una república y, además, una república democrática. Como en nuestros días, existen una derecha y una izquierda, y en sus propósitos no hay nada que pudiese sorprendernos. Existe una corriente que reclama el reparto de la tierra y la distribución del trigo entre los necesitados, los populares, y otra que quiere mantener sus privilegios, los optimates.

La república romana es, incluso, demasiado democrática. Los magistrados supremos —los cónsules—, elegidos por un año, son dos y, a menudo, pertenecen cada uno a una tendencia diferente: no sólo su poder es efímero, sino que pueden neutralizarse el uno al otro. Las elecciones se realizan por sufragio directo de quienes tienen derecho a voto, aunque se producen todo tipo de abusos: los ricos compran los votos de los electores pobres, la plebe impone el terror con sus bandas en el momento de los escrutinios...

Al contrario de lo que sucederá en el Imperio, en el que se instaurará un orden férreo, durante este periodo, los últimos años de la República, reina en Roma la mayor efervescencia. El país y el mundo se juegan su destino todos los días en el Foro, en duelos que pueden ser mera oratoria cuando se deja oír la elocuencia de un Cicerón aunque, más a menudo, degeneran en enfrentamientos físicos. Se resuelven los problemas y se adoptan decisiones en medio de la violencia y la sangre.

Sin embargo, son tiempos brillantes. Las letras y las artes han alcanzado un esplendor sin igual: Cicerón, Catulo y Lucrecio están en su apogeo, y pronto les llegará el turno a Horacio y a Virgilio. Pero nada de esto impide que la República agonice. Roma se ve afectada por terribles sacudidas: además de las incesantes campañas de conquista, acaba de hacerse pública la estremecedora revuelta de Espartaco y sus esclavos, que ha estado a punto de acabar con todo. Pero lo más grave es la amenaza de guerra civil. No tardará en estallar y arrastrará con ella a las instituciones. Cuando se restablezca nuevamente la paz, se habrá instaurado el Imperio.

Todavía no hemos llegado a eso, pero ya están presentes todos los actores de la tragedia, personas ambiciosas que maquinan el fin de las libertades y la imposición de su poder personal: César, Craso, Pompeyo, Marco Antonio es-

tán ya embarcados en su carrera política; el joven Octavio, futuro emperador Augusto, no es más que un niño.

Frente a un futuro que todos presienten terrible, los romanos se refugian en las distracciones. Estamos en el año 59 antes de Cristo, Julio César es cónsul y está a punto de celebrarse uno de los asombrosos y salvajes festejos de los que hablábamos antes.

El público ha ocupado su lugar en las gradas, así que hagámoslo nosotros también. Vestido con su toga de gala, el cónsul ha alzado la mano y han empezado a sonar las trompetas. El espectáculo va a comenzar.

LA FIESTA DEL CABALLO DE OCTUBRE

—¡Vamos, Fulgor!

El seco chasquido del látigo del auriga dio un impulso aún más vivo al galope del potente semental hispano de cinco años. Al salir de la curva, el carro aceleró todavía más. De un salto, se desplazó a la derecha, sacándole una amplia delantera a sus adversarios. El clamor del público, ya ensordecedor, se volvió indescriptible: era la última vuelta y los verdes, sus favoritos, iban en cabeza.

Muy pocos romanos se habrían perdido el acontecimiento que se celebraba durante los idus del 15 de octubre del consulado de César y Bíbulo^[2]: la carrera del Caballo de Octubre. Reunía a cuatro bigas tiradas por dos caballos. Cada una iba pintada con el color tradicional de las distintas cuadras: azul, verde, rojo y blanco. Al contrario de lo habitual, no se desarrollaba en el inmenso Circo Máximo, sino en el Circo Flaminio, más pequeño y sito en el Campo de Marte. El motivo era de índole religiosa: el Caballo de Octubre, fiesta en honor de Marte, debía celebrarse en el lugar a él consagrado. De todos modos, no se trataba de una carrera cualquiera.

Fulgor se mantenía en cabeza. Como era el caballo que galopaba por la parte de afuera, le correspondía el trabajo más duro, pero en ningún momento se mostraba tan hermoso como en pleno esfuerzo. Sus poderosas patas hacían volar el polvo, sus flancos de color rojizo resplandecían por el sudor, de su nariz brotaban chorros de vapor que le da-

ban la apariencia de un animal mítico. A pesar de la intensidad de la carrera, no había perdido los adornos con los que le habían enjaezado: llevaba la crin entrelazada con perlas y rematada por un penacho verde, además del pecho cubierto de refulgentes planchas de cobre.

Su auriga, tocado también con un casco verde, había dejado de azuzarle: los demás estaban demasiado lejos para darle alcance. Así que se limitaba a lanzar gritos de aliento que nadie podía oír en el fragor del estadio:

—¡Adelante, Fulgor! ¡Venga, bonito! Vamos, te espera tu premio...

El carro verde se detuvo en medio de un último nubarrón de polvo, después de atravesar la meta. ¡Había ganado!

Algunos personajes abandonaron la tribuna oficial mientras resonaban las trompetas. Al frente de ellos iba Julio César, que sumaba a su cargo de cónsul el de sumo pontífice; es decir, el de cabeza de la religión romana. Llegó ante la *biga*^[3] vencedora e hizo un gesto para restablecer la calma. Fue obedecido casi al instante. Todo el mundo estaba impaciente por presenciar lo que venía a continuación.

A los cuarenta años, César estaba ya prácticamente calvo, lo que no le impedía resultar atractivo e incluso fascinante. Su rostro afilado, de labios delgados y frente amplia y despejada, denotaba una inteligencia superior y una voluntad inflexible, aunque se esforzaba en suavizar lo que pudiese haber de severo en sus rasgos con una sonrisa realmente encantadora: aquel gran político era también un seductor y, sus aventuras femeninas, incontables.

César coronó de laurel al auriga ganador, mientras dos hombres de su séquito desenganchaban los caballos. Le acercaron a Fulgor, al que también coronó, pero no con laureles, sino con una curiosa diadema hecha de panecillos unidos por hilos de oro. En ese momento se aproximó un soldado. Tras los aullidos de la carrera, el silencio era tan

absoluto que se podía escuchar el ruido de sus pasos desde las gradas.

Todo sucedió con una rapidez escalofriante. El soldado, un coloso que llevaba el armamento reglamentario del legionario a excepción del escudo, levantó su jabalina y la lanzó con todas sus fuerzas contra el costado izquierdo del animal. La lanzada, propinada con fuerza y precisión extraordinarias, hizo brotar un chorro de sangre. Bajo el efecto de la sorpresa y el dolor, *Fulgor* brincó hacia adelante. Pero no llegó muy lejos. Herido de muerte, intentó encabritarse, no lo consiguió y se derrumbó pesadamente sobre la arena de la pista, donde quedó jadeando débilmente.

Sin perder un segundo, el soldado se abalanzó sobre él, esta vez con la espada en la mano, y tajó con igual violencia el cuello del animal aunque, a pesar de todo su vigor, no consiguió seccionar los potentes músculos yugulares. Tuvo que repetir el golpe varias veces para completar la decapitación. De inmediato pasó a la cola, y tuvo más éxito: logró cortarla al primer intento. A continuación, cogió ésta y la cabeza y alzó los brazos al cielo mientras estallaba de nuevo el clamor popular. Luego echó a correr con ambos trofeos y abandonó el estadio por las galerías de los participantes, por donde poco antes habían hecho su entrada *Fulgor* y sus compañeros.

Tal era el rito del Caballo de Octubre. La carrera sólo tenía un objetivo: designar el caballo que había de ser sacrificado a Marte. Y como al dios le correspondía el mejor de todos, la víctima no podía ser otra que el animal de la derecha del carro vencedor.

Todo eran conjeturas sobre el origen de esta ceremonia salvaje, que se remontaba a la noche de los tiempos. Para muchos se trataba de una revancha contra los griegos. Los romanos, que se proclamaban descendientes de los troyanos, se vengaban así del caballo de Troya. En el fondo, ¿qué más daba? La ciudad entraba en ebullición cada año con el Caballo de Octubre. El festejo comenzaba con la ca-

rrera celebrada en el estadio, pero iba aún más lejos. El ritual no concluía con la muerte y mutilación del animal. Incluso cabría decir que lo más extraordinario estaba aún por llegar.

Para Titus Flaminus, los idus de octubre no habían empezado bien: en el instante mismo en que salía de casa, un cuervo había graznado tres veces a su izquierda. Normalmente, después de un augurio tan funesto, habría vuelto sobre sus pasos, pero como había hecho una promesa a Bruto siguió su camino. No obstante, enseguida se dispuso a conjurar el presagio. Tras inclinarse y desgarrar el bajo de su toga exclamó: «¡Qué desastre!». De este modo, la predicción del pájaro de mal agüero se había cumplido sin graves consecuencias. Ya sólo quedaba esperar a que los dioses se contentaran con eso.

Titus Flaminus caminaba sin prisa. Para ir desde el bosque de las Musas, donde vivía, al Campo de Marte, adonde se dirigía, había que cruzar buena parte de la ciudad. Pero no lo lamentaba. Era un día magnífico de otoño y, debido a la festividad del Caballo de Octubre, en la ciudad reinaba una calma inusual.

Tomó sucesivamente la calle de los Yugos, la vía Sacra y desembocó en el Foro. No estaba lejos de la vía Flaminia, que le conduciría a su destino.

Era evidente que Flaminus sentía predilección por aquel camino, que llevaba su apellido y llegaba lejos, hasta Ariminium^[4], en la costa adriática. Era obra de sus antepasados, como el Circo Flaminio, que quedaba justo al lado. Todo parecía recordarle que su nombre era uno de los más ilustres de Roma. Sin duda era un tanto vanidoso por su parte, pero a los veintiséis años aún se podía permitir esa clase de debilidades.

Su vida se prometía feliz. No había sufrido grandes pruebas aparte de la muerte de su padre, doce años antes,

en la terrible revuelta de Espartaco. Desde ese momento, su madre, Flaminia, le había educado sola. Él había sido un buen estudiante, con dotes naturales, pero sin particular entusiasmo. Era abogado desde hacía poco y ejercía su profesión como un *diletante*^[5]. No necesitaba trabajar para vivir y no poseía, como Cicerón, elocuencia ni gusto por la política.

De hecho, pensándolo bien, Titus Flaminius sólo tenía una pasión: las mujeres. Era un seductor, un coleccionista, un rompecorazones que, hasta entonces —y rogaba a Venus que fuese siempre así—, nunca se había comprometido. ¿Quién sería la siguiente? La idea de que pudiera estar por allí, muy cerca, de que quizá se la encontrara por el camino, le hizo sonreír.

De pronto le vino a la cabeza un suceso curioso y reciente. Su madre había encontrado la perla que le habían robado a Servilia o, más exactamente, había descubierto al ladrón y le había pedido a Titus que le transmitiese la noticia a Bruto. Servilia, la madre de Bruto, era amante de César y la mejor amiga de Flaminia. Éste había sido quien le había regalado aquella joya fabulosa que, según decían, valía el doble que la mansión de Craso, con diferencia la más hermosa de Roma.

Flaminius frunció el entrecejo. Su madre no le había adelantado nada. ¿Quién sería el ladrón y dónde le había desenmascarado? Flaminia mantenía una actividad desbordante, se interesaba por todo y en todo tomaba parte. Frequentaba los medios literarios, protegía y subvencionaba a los artistas; ella misma escribía obras de teatro. Por supuesto, a él le llenaban de admiración su personalidad y sus habilidades, pero no le gustaba aquella manía suya de ir a todas partes en Roma y relacionarse con todo tipo de gente. La generosidad era su mayor cualidad, no la prudencia...

Flaminius se sobresaltó. Sumido en sus pensamientos, no había visto aparecer en el Foro al soldado que cargaba

con la cabeza y la cola del Caballo de Octubre. Cuando le vio intentó quitarse de en medio. ¡Demasiado tarde!

El verdugo de *Fulgor* no iba solo: le seguía una muchedumbre rugiente y gesticulante, y, aunque el primero era un auténtico atleta de la carrera, le pisaban los talones. Flaminius no pudo hacer nada y se vio irremisiblemente atrapado en el barullo. Era fuerte e intentó librarse a empujones y puñetazos, pero enseguida se dio por vencido. En respuesta, empezó a recibir golpes a su vez y comprendió que si insistía le harían pedazos. Sabía quiénes eran, por qué estaban allí y que no dudarían en matar a quien se atreviese a obstaculizar su avance. Obligado por las circunstancias, se sumó a la carrera.

El legionario estaba a punto de alcanzar su objetivo. Tenía que lograrlo antes de que la sangre del animal se coagulase, cosa que ocurría con rapidez. Llegó al extremo este del Foro, dominado por la elegante silueta redondeada del templo de Vesta. Pero no era ése su destino, ni la lujosa Casa de las vestales construida en las inmediaciones. Tomó la dirección de la Regia, el palacio real, un edificio cercano de grandes dimensiones y de aspecto más severo. El soldado se detuvo en seco y, automáticamente, sus perseguidores le imitaron.

De manera fortuita, los movimientos de la multitud habían situado a Titus Flaminius en primera fila, por lo que pudo ser testigo de una escena que conocía sólo por haberla oído contar, pero que nunca había presenciado. Tomando la cola del caballo, el legionario regó con su sangre la puerta. Luego la dejó en el suelo y se quedó inmóvil con la cabeza cortada del animal en las manos... Fue entonces cuando Flaminius vio a los otros.

Allí estaban, en compacto tropel, al otro lado del palacio real, situados a ambos lados del sacrificador y a idéntica distancia. Flaminius tenía ante él a los habitantes de Suburra, el barrio más populoso y con peor fama de Roma. Habían acudido en gran número, después de abandonar en

masa sus casuchas, *lupanares*^[6] y antros para asistir al acontecimiento que aguardaban durante todo el resto del año.

En la fiesta del Caballo de Octubre, los habitantes de la vía Sacra y los de Suburra se disputaban la cabeza del animal sacrificado. Si eran los primeros los que conseguían apropiársela, la clavaban a la puerta de la Regia, si eran los de Suburra, la colocaban en lo más alto de la torre Mamilia.

Titus Flaminius se vio atrapado en medio del tumulto de la vía Sacra. Conocía a aquellas personas: eran comerciantes, pequeños artesanos, romanos de clase media. Pasaba por delante de sus casas cada vez que acudía al Foro. Pero por nada en el mundo habría puesto los pies en Suburra, aunque algunos jóvenes patricios, amantes de las sensaciones excitantes, tuvieran por costumbre ir allí a embrutecerse en grupo. Él había rechazado siempre aquellos placeres malsanos. La decencia exigía que cada cual permaneciese en su lugar.

Y ahora tenía a aquella gente ante sus ojos, romanos pertenecientes a un mundo diferente al suyo. En previsión del combate que iba a librarse, habían situado en primera línea a los más impresionantes: gigantes, luchadores de feria, antiguos gladiadores o simples delincuentes cubiertos de magulladuras y cicatrices en el rostro. Todos llevaban túnicas miserables, cuando no harapientas, de tejido sin teñir, manchadas y desgarradas; algunos no vestían otra cosa que un simple taparrabos... En ese momento, el legionario tiró la cabeza al suelo. Estalló un doble bramido: «¡Vía Sacra!» y «¡Suburra!». El enfrentamiento había comenzado.

Flaminius se encontró en medio del tumulto y, de repente, decidió tomar parte en él. El azar le había conducido hasta el núcleo de los habitantes de la vía Sacra y su corazón estaba con ellos. ¡No serían aquellos piojosos de Suburra los que pudiesen con él! Su madre se sentía próxima al pueblo, era partidaria de la democracia ateniense, y frecuentaba a los líderes más avanzados, que seguían a César.

Respetaba sus convicciones, pero no las compartía. Él se alineaba con su padre, patricio intransigente, y estaba orgulloso de su linaje y sus ancestros. ¡Verían cómo se comportaba un Flaminius ante aquellos desarrapados!

Las reglas del juego eran sencillas: en el instante en que los de la vía Sacra tocasen la puerta de la Regia, el palacio real, con la cabeza del caballo, la lucha se detendría. Las gentes de Suburra, por su parte, debían impedir que lo lograsen y llevársela consigo. A tal fin, todos los golpes estaban permitidos y todos los años había muertos.

La pesada toga estorbaba los movimientos y el avance de Flaminius, pero en cuestión de unos instantes estaba ya tan desgarrada por todas partes que dejó de ser un obstáculo. Sonrió pensando en el desgarrón que le había hecho para neutralizar el presagio del cuervo. Sin embargo, no era momento para perderse en esos recuerdos. Un esclavo fugado reincidente, reconocible por sus cejas afeitadas, le había agarrado por los hombros y le sacudía como si fuese un ciruelo. Lanzó el puño hacia delante y le golpeó con tal fuerza que, a pesar del alboroto, oyó cómo se le rompían los dientes.

La confusión era indescriptible en torno a la cabeza del caballo. Un desdichado habitante de la vía Sacra que había tropezado fue pisoteado sin misericordia por los suyos: quedó tumbado en el suelo, los ojos abiertos, mientras la sangre le brotaba de la nariz, las orejas y la boca. Flaminius recibía tantos golpes como repartía, por suerte sin haber sufrido daños hasta el momento. A pesar de la algarabía, se mantenía lúcido y consciente de que la situación se había convertido en un callejón sin salida.

Aunque los de la vía Sacra tenían en su poder la cabeza del caballo, los de Suburra, dando pruebas de un sentido táctico digno de los mejores generales, habían dividido sus tropas en dos: la mitad intentaba hacerse con el trofeo y la otra se había atrincherado ante la puerta e impedía todo intento de aproximación. Fue entonces cuando Flaminius vio